

EL PARTIDO REPUBLICANO

ORGANO DEL PARTIDO DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE,
Jesús Cubero h.

San José, 4 de Noviembre de 1893.

OFICINA DE LA ADMINISTRACIÓN,
Calle 20, núm. 144, Norte

CARLOS DURÁN

Candidato popular para la Presidencia de la República
en el próximo período Constitucional.

EL PARTIDO REPUBLICANO.

CONVENCIÓN NACIONAL.

RESULTADO DE LA VOTACIÓN.

Dr. don Carlos Durán 77 votos.
Lic. « Máximo Fernández 73 «

Electo: Dr. Durán.

- (F) A. A. Castro.
- (F) Pío Víquez.
- (F) Carlos Sáenz.
- (F) Gordiano Fernández.
- (F) Ramón Acuña.
- (F) Joaquín Aguilar.
- (F) José Joaquín Trejos.

Convención Nacional.

El domingo 29 de octubre último, como estaba anunciado, se verificó en el Teatro de Variedades, la reunión de los Delegados nombrados por los partidos Republicano é Independiente Demócrata, con el objeto de elegir candidato á la Presidencia de la República, por el cual trabajarían ambos bandos unidos, según compromiso anterior.

Hermoso espectáculo aquél! Más de mil ciudadanos, animados por un mismo deseo, se hallaban congregados allí, dispuestos á respetar el fallo de la mayoría y á confundirse en fraternal abrazo, como hermanos al fin y como sustentadores de la misma idea, para trabajar unidos en la magna empresa de la salvación de nuestras instituciones libres, del triunfo de la causa de la civilización y del progreso.

El señor Presidente de la Junta de Delegados, Licenciado don Angel Anselmo Castro, abrió la sesión, dirigiendo á la concurrencia un breve y elocuente discurso, acogido con una salva de aplausos, explicativo del acto que se iba á verificar y de su trascendencia para el porvenir de la Nación. A nombre del Partido Republicano y en el mismo sentido hizo á continuación uso de la palabra el señor don Francisco Montero Barrantes.

EL PARTIDO REPUBLICANO

SALUDA AL

Dr. don Carlos Durán
el día de hoy.

Procedióse en seguida á la votación y hecho el escrutinio resultó que la mayoría había favorecido al Doctor Durán, quien en consecuencia fué proclamado como candidato de los Partidos Independiente Demócrata y Republicano.

Terminado el acto, gran parte de la concurrencia se dirigió al bufete del Licenciado don Máximo Fernández, donde el joven don Antonio Segura dirigió al señor Fernández, con palabra elocuentísima, expresiva felicitación por el ejemplo altísimo de desinterés y patriotismo que acababa de dar. Puesto el señor Fernández á la cabeza de los concurrentes se dirigieron todos á casa del Dr. Durán. Ya en casa del Doctor, el Licdo. Fernández tomó la palabra y pronunció un brillante discurso, lleno de fuego patrio, de valor cívico, de amor á la causa democrática. Manifestó su adhesión y simpatía al Dr. Durán y excitó á sus partidarios á trabajar todos en unión del Partido Republicano por el triunfo de la candidatura elegida por la mayoría de los Delegados de la Convención.

Contestó el Dr. Durán, con frase sencilla, expresando su satisfacción por el feliz resultado á que se había llegado, el cual deseaba hubiera sido otro para él y enalteciendo las virtudes de desinterés, civismo y amor á los principios que adornan al Licenciado Fernández, de los cuales acababa de dar la prueba más elocuente.

También hicieron uso de la palabra los señores General don Federico Fernández, don Francisco Montero Barrantes y don Víctor Fernández Güell.

Se tomó en seguida una copa de cerveza á la salud del ciudadano esclarecido, del ilustre repúblico Licenciado don Máximo Fernández, despidiéndose luego la con-

currencia complacida de las muchas atenciones de que fué objeto por parte del Dr. Durán.

Así terminó esa hermosa fiesta del patriotismo, sin ejemplo en nuestra historia política, y cuya realización es la prueba más evidente de la cultura y civismo de nuestros conciudadanos.

Croniquita.

Explendido, grandioso fué el espectáculo que tuvo lugar en la noche del miércoles 1.º del corriente en el local en donde se reunían los patriotas esclarecidos que proclamaban la candidatura del ciudadano modelo, del juriconsulto distinguido don Máximo Fernández.

Más de 300 personas llenaban el recinto, reinando la mayor animación y compostura, mucho orden y un entusiasmo febril.

Impacientes estábamos todos por no ver entre nosotros al digno Jefe del Partido Independiente demócrata; pero llega un momento en que los allí reunidos dan el grito de ¡viva el Licenciado Fernández! Este grito anunciaba la llegada del grande hombre, del amigo y defensor de las instituciones patrias, del ciudadano que en bien del país sacrificaba sus intereses y su tranquilidad.

El presidió la reunión y exitó á sus partidarios á cumplir con la palabra ofrecida.

Miembros de uno y otro partido hicieron uso de la palabra, siendo el tema principal la verdadera unión y la armonía de las dos fracciones liberales que hasta esta fecha habían estado desunidas, no en la idea que era la misma, sino en la elección de la persona en quien se encarnara aquélla; pero ninguno expresó sus sentimientos con más entusiasmo, con más calor, con más elocuencia que el Licenciado Fernández. Las ideas que allí manifestó, ideas sublimes, ideas grandiosas, no eran elaboradas en su cerebro sino en las profundidades de su corazón, allá en donde residen las fibras delicadas del sentimiento. La emoción lo ahogaba; las palabras brotaban

de sus labios como torrentes de fuego; de sus ojos se desprendían una que otra lágrima para deslizarse en seguida por aquel semblante iluminado por la aureola que el ángel de la patria había colocado en su frente. Todo él estaba lleno de fuego, lleno de pasión por la santa causa de los pueblos.

Las dos fracciones se unieron esa noche en estrecho é indisoluble lazo de armonía y concordia. El personalismo huyó del gran templo de la democracia, sólo la idea quedaba reinando.

La buena acogida que dispensaron esa noche los Independientes demócratas á los Republicanos, era de esperarse, pues acaso no somos todos hermanos? no componemos una misma familia? no es el porvenir de nuestra patria lo que buscamos?...

Después de concluida la reunión fueron un número considerable de personas de entre ambos partidos á acompañar á su casa de habitación al Licenciado Fernández, de donde se despidieron vivándolo á él y al Doctor Durán.

Los Independientes demócratas han dado pruebas una vez más de su grande amor á la patria y de su disciplina. ¡Llor al gran Partido Independiente Demócrata! ¡Gloria eterna al Licenciado don Máximo Fernández!

REPRODUCCIÓN.

Máximo Fernández.

Cuando un individuo ha sabido adornar brillantes páginas de su vida con hechos que revelan nobleza y acusan patriotismo, la sociedad tiene fundada creencia de que, al ocupar puesto elevado, será decidida su cooperación por el progreso del país; é inspirándose en la atmósfera que ha hecho condensar el actual Gobierno, para realizar el bien general, lógico es esperar para nuestra querida patria días de ventura, y para nosotros facilidad de ascenso á la cumbre de la civilización.

Vamos á tocar ligeramente puntos de la historia patria, para dar á conocer quién fué Máximo Fernández y lo que de él tenemos derecho á esperar.

Corría el tristísimo lapso de los 12 años de terrible dictadura, en que el país se hundía en los abismos de la banca-rota y la deshonra. Unos pocos jóvenes aparecieron luchando á brazo partido, con el corazón rebozando hidalgía, en el sentido de hacer que Costa Rica recuperara sus fuerzas y adquiriese su crédito que le habían sido usurpados.

Sin fijarse en que el premio á tanta virtud en aquellos tiempos era un calabozo, la flagelación y el destierro, que no por terribles los arredrara, ellos se lanzaron por la senda, espinosísima entonces, que los debía conducir á la regeneración de Costa Rica, en mala hora presa de las garras del despotismo.

«El Preludio» fué el estandarte sagrado que enarbolaron, y «Guerra al Tirano» su divisa. Lucharon sin tregua, sin descanso; y habrían echado por tierra el alcázar de la dictadura si sus alas no hubieran sido cortadas de raíz al emprender el inmenso vuelo.

Máximo Fernández, entonces casi un niño colaborador infatigable de aquellos bravos defensores del derecho altrajado, fué reducido á prisión y hecho salir violentamente, en altas horas de la noche, á

un destierro, tratado como un criminal, en compañía de otros jóvenes, como él, aspirantes á la libertad. Ese destierro, impuesto por la voluntad del dictador, sin fórmula de juicio, según usanza, se tornó en destierro voluntario, para que debido á la generosidad de corazones, que pocos hay que los tengan como el malogrado Cruz Brenes, fueron arrebatados á la escolta que los conducía al «Coco,» según se dijo después, y llevados sigilosamente á Puntarenas, donde permanecieron en una bodega todo el tiempo necesario para preparar una barca que los pusiera en puerto seguro. En efecto, gracias á la actividad y celo desplegados por aquel llorado amigo, el joven Fernández y su compañero arribaron á las seguras playas de Chiriquí, de donde pasaron á Panamá.

¡SIN TRABAJO!

I.

Por la mañana, cuando los obreros llegan al taller, encuéntranlo frío, como obscurecido con la tristeza que se desprende de una ruina. En el fondo de la sala principal, la máquina está silenciosa, con sus brazos delgados, sus ruedas inmóviles; y ella, cuyo soplo y movimiento animan habitualmente toda la casa, con los latidos de un corazón de gigante, incansable en la faena, agrega al conjunto una melancolía más.

El amo baja de su despacho y con aire de tristeza dice á sus obreros:

—Hijos míos, hoy no hay trabajo . . . Ya no vienen pedidos, de todas partes recibo contra-órdenes; voy á quedarme con las existencias entre las manos. Este mes de diciembre, con el cual contaba, este mes que otros años es de tanto trabajo, amenaza arruinar las casas más fuertes. . . Es preciso suspenderlo todo.

Y al ver que los obreros se miran unos á otros con el espanto que les imbuye la idea de volver á casa con el miedo del hambre que les amenaza para el día siguiente, añade en voz más baja:

—No soy egoísta: no, os lo juro . . . Mi situación es tan terrible, más terrible tal vez que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil francos. Hoy paro el trabajo para no ahondar más la sima, ni siquiera tengo los primeros cinco céntimos de la suma que necesito para mis vencimientos del 15 . . . Ya lo veis, os hablo como un amigo, nada os oculto. Tal vez mañana mismo vengan á embargarme. No es nuestra la culpa, ¿no es cierto? Hemos luchado hasta última hora. Hubiera querido ayudaros á pasar los días de apuro; pero todo ha acabado, estoy hundido; no tengo ni un pedazo de pan para partirlo.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos minutos permanecen allí, mirando sus herramientas inútiles, con los puños cerrados. Otros días, desde el amanecer, las limas cantaban, los martillos marcaban el ritmo; y todo aquello parece que duerme ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, son treinta familias que no tendrán que comer la semana próxima.

Algunas mujeres que trabajaban en la fábrica sienten las lágrimas humedecerles los ojos. Los hombres quieren aparecer resueltos. Se hacen los valientes diciendo que la gente no se muere de hambre en París. Luego, cuando el amo los deja y lo ven alejarse, encorvado en ocho días, abrumado tal vez por un desastre de mayores

proporciones que las confesadas por él, van saliendo uno por uno, ahogados por la angustia, con el corazón oprimido, como si salieran del cuarto de un muerto. El muerto es el trabajo, es la máquina grande que permanece muda, y cuyo esqueleto se destaca siniestro en la sombra.

II

El obrero está fuera de su casa, en la calle, en medio del arroyo. Ha paseado las aceras durante ocho días sin encontrar trabajo. De puerta en puerta ha ido ofreciendo sus brazos, sus manos, ofreciéndose él en cuerpo y alma para cualquier faena, para la más nociva. Y todas las puertas se han cerrado.

Entonces se ofreció á trabajar por la mitad del jornal; pero las puertas permanecieron cerradas. Aunque trabajase de balde no se le podía admitir. Es la paralización del trabajo, la terrible paralización que toca á muerto para los que viven en las buhardillas. El pánico ha parado todas las industrias, y el dinero, el dinero cobarde, se ha escondido.

Al cado de ocho días todo ha concluído. El obrero ha hecho una tentativa suprema, y ahora vuelve con paso tardo, con las manos vacías, abrumado de miseria. La lluvia cae; aquella tarde, París, inudado de barro, aparece fúnebre. El hombre va andando, recibiendo el chaparrón sin sentirlo, no oyendomás que su hambre y deteniéndose para llegar menos pronto. Inclínase sobre el parapeto del Sena; el río, cuyo caudal ha aumentado, corre con un rumor prolongado; la espuma blanca se desgarran en salpicaduras en uno de los extremos del puente. Inclínase más, la colosal riada pasa debajo de él lanzándole un llamamiento furioso. Después, piensa que sería una codardía, y se va.

La lluvia ha cesado. El gas flaméa en los escaparates de las joyerías. Si rompiese un cristal, tomaría pan por algunos años con abrir y cerrar la mano. Las cocinas de los *restaurants* se encienden; y detrás de las cortinas de muselina blanca, ve gentes que comen. Apresura el paso, vuelve á los barrios extremos, encontrando en el camino las asadurías, salchicherías y pastelerías de todo el París comilón, que se exhibe á las horas del hambre.

Como la mujer y la pequeña lloraban por la mañana, les ofreció llevarlas pan por la tarde. No se ha atrevido á ir á decirles que había mentido, antes que anocheiese. Al ir andando, pregúntase cómo entrará y qué les contará para que tengan paciencia. Sin embargo, no puede permanecer más tiempo sin comer. Él probaría aún, pero la mujer y la pequeña son muy débiles.

Un momento se le ocurre pedir limosna; pero cuando una señora ó un caballero pasan á su lado y él intenta alargarse la mano, su brazo se paraliza y la voz se ahoga en su garganta. Entonces permanece plantado en la acera, mientras los transeúntes admirados le vuelven la espalda, creyéndole borracho, al ver su feroz semblante de hambriento.

III.

La mujer del obrero ha bajado á la puerta de la calle, dejando arriba á la niña dormida. La mujer es muy delgada; lleva un vestido de percal. El viento helado de la calle la hace tiritar.

Ya no le queda nada en casa; todo lo llevó al Montepío. Ocho días sin trabajo bastan para vaciar una casa. La víspera vendió á un trapero el último puñado de

lana de su colchón; el colchón se fué así: ahora no quedaba más que la tela. Allá arriba la colgó delante de la ventana, para impedir que entre el aire, porque la niña tose mucho.

Sin decir nada á su marido ella también ha buscado por su parte. Pero la falta de trabajo ha alcanzado con más dureza á las mujeres que á los hombres. En la meseta de su cuarto oye á unas desgraciadas que lloran durante la noche. Encontró una de pie en el rincón de una calle, otra ha muerto, otra ha desaparecido.

Afortunadamente, ella tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Vivieran sin apuros, si la falta de trabajo no los hubiera despojado de todo. Ha agotado todo su crédito: debe al panadero, al especiero, y ya ni siquiera se atreve á pasar por delante de las tiendas. Por la tarde fué á casa de su hermana á pedirle una peseta prestada; pero allí encontró también tal miseria, que se echó á llorar sin decir nada, y las dos, su hermana y ella, estuvieron llorando mucho tiempo. Luego, al marcharse, le ofreció llevarla un pedazo de pan si su marido volvía con algo.

El marido no vuelve. La lluvia cae; la mujer se refugia en la puerta, grandes gotas de agua caen á sus pies; un polvillo de agua atraviesa su falda. A ratos se impacienta, se echa á fuera á pesar de la lluvia, va hasta el final de la calle para ver si ve á lo lejos al que espera. Y cuando vuelve toda mojada, pasa la mano por sus cabellos para escurrir el agua; aún cobra paciencia, sacudida por cortos calofríos de fiebre.

Los transeuntes al ir y venir la codean y la pobre mujer se encoge cuanto puede para no molestar á nadie. Los hombres la miran frente á frente, y á ratos siente alientos calientes que la rozan el cuello. Todo esto el París sospechoso, la calle con su lodo, sus claridades crudas y el rodar de los coches parecen querer cogerla y arrojarla en el arroyo. Tiene hambre, pertenece á todo el mundo. Enfrente hay un panadero y la pobre mujer piensa en la pequeña que duerme arriba.

Después, cuando al fin el marido aparece rozando como un miserable las paredes de las casas, se precipita á su encuentro y le mira ansiosamente:

—¿Qué hay?—dice balbuceando.

En vez de contestar el obrero baja la cabeza. Entonces la mujer sube la primera, pálida como una muerta.

IV.

Arriba la pequeña no duerme. Se ha despertado, y está pensando en frente de un cabo de vela que se extingue en un extremo de la mesa. Y no sabe qué pensamiento terrible y doloroso pasa sobre la faz de aquella chicuela de siete años, con rasgos serios y marchitos de mujer hecha.

Está sentada sobre el borde del cofre que le sirve de cama. Sus pies desnudos tiemblan de frío; sus manos de muñeca enfermiza aprietan contra el pecho los trapos con que se cubre. Siente allí una quemadura, un fuego que quisiera apagar. Está pensando.

Nunca ha tenido juguetes. No puede ir á la escuela porque no tiene zapatos.—Recuerda que, cuando era más pequeña, su madre la llevaba á tomar el sol. Pero aquello está lejos. Fué preciso mudar de habitación y desde aquella época le parece que un gran frío sopló dentro de su casa. Desde entonces nunca ha estado contenta, siempre ha tenido hambre.

Es una cosa profunda en la cual penetra sin poder comprenderla. Pues qué ¿todo el mundo tiene hambre? Ha procurado, sin embargo, acostumbrarse á eso, pero no ha podido. Piensa que es demasiado pequeña, y que es preciso ser grande para saber. La madre sabe; sin embargo, es cosa que se oculta á los niños. Si se atreviese, preguntaría quién nos trae así al mundo para que se tenga hambre.

¡Luego, en su casa todo es tan feo! Mira la ventana donde el viento sacude la tela del colchón, las paredes desnudas, los muebles rotos, toda aquella vergüenza de buhardilla, que la falta de trabajo ensucia con su desesperación.

Imagina haber soñado con habitaciones bien calientes, en las que había cosas que relucían, cierra los ojos para volverlos á ver, y á través de sus párpados adelgazados, la llama de la vela se convierte en un gran resplandor de oro, en el que deseaba entrar. Pero el viento sopla, por la ventana llega una corriente tan fuerte de aire, que le produce un acceso de tos. La niña tiene los ojos llenos de lágrimas.

Antes tenía miedo cuando la dejaban sola; ahora no sabe, lo mismo le da. Como no se ha comido desde la víspera, cree que su madre ha bajado á buscar pan. Entonces esta idea la divierte. Cortará su pan en pedazos pequeñitos: los irá cogiendo despacio, uno por uno. Jugará con su pan.

La madre ha vuelto, el padre ha cerrado la puerta. La niña les mira las manos á los dos muy sorprendida. Y, como nada dicen, al cabo de un momento la pequeña repite con tono de canturreo:

—Tengo hambre, tengo hambre!

El padre, en un rincón se ha cogido la cabeza entre los puños; allí permanece abrumado, sacudidas las espaldas por desgarradores y silenciosos gemidos. La madre, conteniendo sus lágrimas, acuesta á la pequeña. La tapa con todos los andrajos que hay en casa; le dice que sea buena, que duerma. Pero la niña á quien el frío hace dar diente con diente, y que siente el fuego de su pecho quemarla con fuerza, se hace atrevida. Se cuelga del cuello de su madre, y muy quedito:

—Dí, mamá, le pregunta, pero ¿por qué tenemos hambre?

EMILIO ZOLA.

COMUNICADOS.

Sr. Presidente del Club Republicano y Directiva.

No son mis labios ni mis dotes oratorias, porque no las tengo, los que se dirigen á UU. en estos momentos, sino un alma noble que esperando el perdón, comparte con vosotros la inmortalidad con que el Dios de la Justicia premiará á los bienhechores que trabajan por la libertad de su patria.

Al dirigirme á vosotros, no es un simple individual tributo, sino una significativa peregrinación, que en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad, vengo á ofrecer mis firmes propósitos de trabajar en cuanto me sea posible, por la candidatura del Dr. don Carlos Durán, por serme la más simpática y hallar en él todos los méritos que un hombre honrado necesita para gobernar un país democrático como el nuestro, rigiendo como primer Magistrado de la Nación.

Trabajemos unidos sobre un mismo fin y conseguiremos llevar al Solio Presi-

dencial al Dr. Durán, por medio del voto popular de todos los hijos de nuestra Madre Patria.

No dejemos que el oscurantismo que nos amenaza consolide sus muros, dejando tan sólo en pie las fronteras del odioso retroceso para llevar á cabo sus aspiraciones; y entonces, invadidos de nuestro enemigo que ya todos conocéis, adiós luz, adiós progreso, adiós libertad.

La libertad tiene misteriosos recursos para cada problema difícil que ante ella se presente, en donde la sabiduría fracasa, como dije al principio, la libertad alcanza su victoria; para ella ni la sangre, ni el lenguaje del enemigo son barreras, sino simples accidentes que entorpecen su marcha; pero siempre levantará la cabeza ajrosa ante nuestra patria y con su luz, borrará la vergonzosa mancha que afrentaría nuestras instituciones y nos dejará abierta una completa era de verdadero progreso.

Unámonos, pues, y formemos un solo hombre para combatir nuestro enemigo y lograremos que triunfe el Dr. Durán y con él nuestros principios.

El triunfo de nuestro ideal será la gloria y realizado, Costa Rica saldrá del abismo en que estaba propensa á hundirse para siempre y nos llamará entonces como á sus hijos y nos dirá: «ha cumplido con un deber sagrado: has libertado á tu patria del enemigo que la tenta bajo sus plantas; el sello del patriotismo quedará estampado en tu frente y escrito en las páginas de la historia de los hombres libres, hecho que quedará inmortalizado hasta las descendencias venideras.

(Este discurso fué pronunciado por un hijo de la aldea de Santa Ana.)

El Obrero.

El trabajo, la indigencia, el despotismo; tales son las tres luchas del obrero. Las dos últimas son su amenaza permanente, la gran boca que aguarda el minuto supremo en que aquél caiga para devorarlo. Sin la primera su caída es irresistible; nadie lo puede salvar á menos de hundirse también. ¡Terrible trinidad! ¡Destino fatal!

Hay en el mundo un subterráneo profundo en donde se precipita el obrero cuando le falta el trabajo y la miseria se presenta á las puertas de su hogar. En este subterráneo la luz huye, las tinieblas lo llenan todo. Cieno arriba, cieno abajo, por todas partes cieno. Aquí se codea el robo con el asesinato; la prostitución se une en estrecho abrazo con el seductor maligno; la hipocresía da la mano al crimen. Aquí no se conocen ni la inocencia ni la probidad, solamente el vicio en sus millares de facetas. ¡Desgraciado del hombre que penetre en este abismo! Su salida es imposible; la atmósfera que aquí se respira es asfixiante; la compañía que aquí se halla contagia como la peste; las ideas que aquí se externalizan dañan el cerebro de la humanidad. Todo, todo lo que aquí hay es horrible, espantoso. . . . ¿Quién lanza á este lugar infecto al obrero? La ignorancia, la miseria, el usurero que le roba su jornal, los malos gobiernos que no dan apoyo á la clase obrera.

En las tardes, cuando el sol descende á su ocaso, mírase á los obreros que salen de sus talleres cubiertos de harapos, sucias las manos, el rostro bañado en sudor y tiznado por el negro sublime del humo que la máquina de vapor arroja á los aires;

cansados, fatigosos, el semblante risueño y el pecho henchido de satisfacción por haber cumplido con el duro deber que nuestros primeros padres nos impusieron.

¡Triste condición! trabajar y más trabajar. Y todo ¿para qué? Para que el rico avaricioso expletando su trabajo viva allá en las cimas de la opulencia, olvidando que el obrero ha sido quien le ha dado tantas riquezas; despreciando al autor de su fortuna, hasta llegarse á avergonzar de estrechar su mano, que si no está adornada con piedras preciosas sí con los callos que su destino le ha formado.

¿Por qué despreciar á la clase obrera? ¿No es ella la palanca poderosa que empuja el carro del Progreso por la vía de la industria y la producción? ¿No es ella el elemento indispensable al adelanto de todos los países? ¿No es ella la seguridad en que descansa la riqueza? ¿No es ella la urna sacrosanta en que se guardan las instituciones patrias? ¿No es ella, en fin, la única clase digna por mil títulos de llamarse noble? Sólo la aristocracia estúpida puede despreciarla.

¡Qué condiciones más opuestas la del déspota y la del obrero! Para el primero la holganza y los placeres; para el segundo el trabajo y el sufrimiento: aquél en las alturas de la riqueza; éste en las sinuosidades de la pobreza: uno en el pináculo del poder; el otro abajo, en lucha perpétua con las necesidades de la vida, sin más poder que el que le da su misión en el mundo. ¡Siempre, siempre marchando por distintos caminos!

Mientras el obrero en dura almohada reclina su frente circundada por la aureola del trabajo, el déspota recuesta la suya empañada por el vicio, en el turgente seno de sus concubinas—Mientras el obrero apaga su sed en el agua pura y cristalina de un manantial que, á manera de lluvia de plata, se desprende para venir á morir en pricipicio, el déspota refresca su garganta con el aristocrático champagne; cuyas burbujas semejan gotas de rocío. Mientras el obrero halaga su oído con el golpe duro del martillo ó con el *ris ras* del serrucho, el déspota escucha los dulces acordes de una orquesta ó el rumor armonioso de los besos que á cada instante sellan sus labios. Mientras el obrero vaga de taller en taller en busca de trabajo, el déspota recorre esos lugares sombríos, infectos, y que la sociedad llama con horror el garito. Mientras que el obrero reclinado sobre modesta cuna enjuga las lágrimas de su hijo, el déspota seca con su pañuelo de batista el llanto hipócrita de la cortesana. Mientras el obrero acosado por la fatiga y el cansancio busca el sueño en su miserable lecho, el déspota en continuo desvelo pasa las noches entre orgías y bacanales. ¡Horroroso paralelismo! . . .

Veneremos a la clase obrera, respetemos su humilde condición y hagamos lo posible para aliviar su destino fatal que la humanidad le señaló allá en los albores de la antigüedad.

Concluyo dirigiéndome á vosotros, honrados artesanos, amigos queridos, á vosotros que para ganar el sustento necesitáis bendecirlo con el sudor de vuestra frente. Oid el consejo que os da uno de vuestros mejores amigos: Si queréis hallar trabajo y con él la prosperidad, buscad un buen gobierno que rija los destinos de nuestro país y sed su mejor apoyo, ayudadlo con vuestro contingente en las difíciles tareas que demanda la patria. Sólo así llegaréis á ser grandes y respetados por todo el mundo.

ADHESIONES

Señor Presidente del Club
Republicano Central

San José

Atenas, 30 de Octubre de 1893.

La Directiva del Club Republicano de esta villa de Atenas, en su primera reunión de anoche, acordó transmitir á esa Directiva central copia del acta de instalación de este Club, con el objeto de poder maniobrar de completo acuerdo con esa Directiva, y recibir de ella las constantes instrucciones respectivas.

Dice así:

«En la villa de Atenas, á las ocho de la noche del día veintinueve de octubre de mil ochocientos noventa y tres. Reunidos los señores don José Andrés Brenes, don José Carlos Umaña, don Daniel Ruiz, don Rodolfo Yenkins, don Víctor Chavez, don Juan González, don Víctor Ramírez, don Jacinto García, don Manuel Sequeira, don Anselmo Arias, don José Espinoza Mora, don Juan María Arrieta, don Juan Rafael Arguedas, don Fidel Rodríguez, don Ricardo Umaña, don Vital Ramírez, don Lorenzo González, don Pedro Fonseca y don Juan Argüello, con el objeto de instalar un Club que se denominará *Club Republicano*; con el fin de proclamar la candidatura del señor Doctor don Carlos Durán, para la Presidencia de la República de Costa Rica, en el próximo período constitucional, y trabajar por ella, por todos los medios legales, á fin de obtener su triunfo. En tal concepto, se procedió á formar la Directiva correspondiente, que fué instalada así.

Presidente

Don José Andrés Brenes.

Vice Presidente

Don José Carlos Umaña.

Vocales

- 1.º Don Daniel Ruiz.
- 2.º Don Víctor Ramírez.
- 3.º Don Rodolfo Yenkins.
- 4.º Don Víctor Chavez.
- 5.º Don Jesús Umaña.

Suplentes

Don Juan González.
Don Juan Argüello.

Tesorero

Don Tomás Yenkins.

Secretario

Don Jacinto García.

La presente acta fué leída y aprobada unánimemente, y firmada por la Directiva, y demás personas mencionadas, en la misma hora y fecha de su celebración.

Con toda consideración, me suscribo de Ud. muy atento y obsequioso servidor.

F. ANDRÉS BRENES.

JACINTO GARCÍA.

Secretario.

Nos adherimos á la candidatura anterior.

Ascensión Espinoza.	Joaquín Espinoza.
Dolores Vargas.	Cleto Chavarria.
Benito Sánchez.	Tranquilino Ledesma.
Moisés Cervantes	Andrés Castillo.
Eligio Cordero.	

En la aldea de Santa Ana, á las tres de la tarde del día primero de Noviembre de mil ochocientos noventa y tres.

Reunidos varios vecinos de esta aldea con el objeto de trabajar por la candidatura del Doctor don Carlos Durán para Presidente de la República, en el próximo período

constitucional de 1894 á 1898, se procedió á nombrar la Directiva por aclamación, la cual dió el resultado siguiente:

<i>Vice Presidente</i>	Cristóbal Guerrero.
<i>Secretario</i>	Gerardo J Valverde.
<i>Vocales</i>	Nicolás Bustamante.
»	Ramón León.
»	Desiderio Guerrero.
»	Adán Guerrero.
»	Eusebio Muñoz.
»	Roberto Arroyo.
»	Francisco Moreira y
»	José Rivera.

La mesa, así compuesta, acordó dejar vacante el puesto de Presidente de este Club Republicano, para que en las sesiones posteriores, la Asamblea general haga el nombramiento de la persona que deba ocuparlo.

Con lo que se concluyó la sesión, firmando las personas presentes.

Cristóbal Guerrero.—Gerardo J. Valverde.—Nicolás Bustamante.—Adán Guerrero.—Roberto Arroyo.—Desiderio Guerrero.—Jesús Arroyo.

GERARDO J. VALVERDE.

Secretario.

(Es copia exacta.)

GACETILLAS

Con el objeto de hacer frente con la legalidad al ilegal proceder de los que se valen del púlpito para hacer la guerra á la candidatura del Doctor Durán, creemos conveniente y así lo haremos, que se levanten informaciones en las respectivas localidades con el objeto de averiguar quiénes son aquellos que, faltando á su sagrado deber, hacen uso de armas vedadas para conseguir sus fines.

Acojemos con gusto el artículo de nuestro correligionario don Emiliano Padilla, el cual recomendamos á nuestros lectores.

Hemos visto con pena y desagrado, que hojas sueltas que abogan por la candidatura de don Manuel Vicente, contengan palabras ofensivas para personalidades importantes de la campaña electoral del ochenta y nueve. Este modo de hacer propaganda ahonda heridas medio cicatrizadas que más conviene empeñarse en que sanen que no que se mantengan abiertas.

El Partido Republicano con el objeto de establecer vínculos que hagan efectiva la unión con el Independiente Demócrata acordó en su sesión del lunes, nombrar Presidente de Honor al Licenciado don Máximo Fernández, aceptar en principio como ley constitutiva, las bases y estatutos de aquél; y proponer en junta general de ambas agrupaciones, la conveniencia de un cambio de nombre de los partidos unidos y fusión de Cuerpos directores.

Damos nuestro pésame á don Pedro Quijós Aguilar por la muerte de uno de sus hijitos.

Patriotismo.—Dignos de aplauso son los vecinos de la simpática villa de Atenas, quienes han establecido un Club político con el objeto de trabajar por la candidatura del Doctor don Carlos Durán. Nuestros parabienes por tan loable conducta.

Así se hace.—Con motivo del resultado de la Convención que se verificó el domingo 29 de Octubre en el Teatro de Variedades, el Club Independiente demócrata establecido en la villa de Esparta, se adhirió al partido que proclama la candidatura del integérrimo ciudadano Doctor don Carlos Durán. ¡Muy bien, amigos espartanos!

Reciba un fuerte apretón de manos nuestro digno candidato el Dr. don Carlos Durán por ser hoy el día de su santo. Que la felicidad sea el ángel custodio de su hogar, son nuestros deseos.

Imprenta y Papelería de J. Canalías 7.ª Avenida E. 83.